

HUMANIDADES MEDICAS

Una Muerte Digna: el Caso de Doña Juanita

LEONIDES SANTOS Y VARGAS, Ph.D.

La última vez que vi a Doña Juanita tenía unos 75 años. Era una mujer de orígenes campesinos. Sus antepasados habían sido pequeños hacendados del Barrio Collores, en Juana Díaz, Puerto Rico. Toda su vida la dedicó a criar y cuidar una numerosa prole de diez hijos.



Su salud había sido más o menos buena, excepto que al aumentar de peso se le agudizó una condición de diabetes. Más tarde se encontró que tenía obstrucciones en tres de las arterias coronarias. Por efecto de haber infartado varias veces, tuvo que ser internada en un hospital de Bayamón donde se le atendió con gran excelencia profesional y calidad humana. Muchas veces la visité y compartí con ella y los que la visitaban.

A veces, cuando llegaban las enfermeras para darle seguimiento a su condición y administrararle los sueros y medicamentos que los médicos le habían ordenado, el saludo de las enfermeras era “¿Cómo está abuela?” y ella contestaba con una bendición. Por cerca de 19 días que duró la hospitalización, se le proveyeron los mejores servicios disponibles para su condición. Como a la semana, luego de haberle hecho todos los estudios correspondientes para afinar el diagnóstico, uno de los médicos se reunió con los hijos y el esposo de Doña Juanita. Valiéndose de ilustraciones y gráficos, explicó el diagnóstico. Doña Juanita había sufrido varios infartos al miocardio debido a obstrucción en las arterias coronarias, una arteria tenía un 85% de obstrucción, y 80 y 75% las otras dos. Por su edad, peso y condición diabética, la paciente no era buena candidata para cirugía (aparte del hecho de que ella había expresado que no aceptaría que se le interviniera quirúrgicamente.) Informaron los médicos que mientras la paciente estuviera

en el hospital, se le administrarían todos los cuidados que su condición requería, pero advirtieron a los hijos que la condición era seria y que el pronóstico era de que Doña Juanita pudiera fallecer si un próximo infarto resultara muy fuerte. Preguntados los hijos sobre cuáles eran las instrucciones de la familia en caso de que la paciente sufriera un paro cardiorespiratorio, convinieron en que no se utilizaran medidas desproporcionadas y que se le permitiera morir en paz.

Durante el tiempo que estuvo en el hospital, los hijos, nueras y nietos se alternaban para acompañarla en la habitación de día y de noche. Doña Juanita nunca estuvo sola. Sólo la afligía el hecho de que algunos nietos y bisnietos (por ser menores o infantes) no podían entrar al hospital para visitarla. Una noche se reunió en la habitación, apretujadamente, un grupo de 20 personas integradas por hijos y nietos. Doña Juanita, semi-sentada en su cama de posición, les habló a sus descendientes aconsejándoles que no permitieran que se pusieran “gorditos” como ella pues así evitarían los problemas de salud que produce el sobrepeso. Persona profundamente religiosa, les exhortaba que “buscaran de Dios” de manera que cuando ella muriera (cosa que ya presentía) pudiera verlos en el cielo con los ángeles. Yo estuve presente esa noche, y desde la penumbra de una esquina contemplaba el cuadro de aquellos jóvenes absortos mirando y oyendo a su madre los que eran hijos, mirando y acariciando a su abuela los que eran nietos. Ella resplandecía entre las sábanas blancas de su cama y gesticulaba con sus manos suavemente como para persuadir con mayor dulzura a su audiencia. Yo meditaba y reflexionaba ante semejante cuadro humano. Era una vida plenamente realizada que se despedía de las vidas que heredarían el futuro que para Doña Juanita se agotaba. Sus palabras no manifestaban amargura ni resentimiento. Estaban motivadas por la preocupación respecto a lo que pudiera ocurrirle a sus hijos y a sus nietos. Sus palabras tenían la unción que sólo comunican las personas que viven desde la hondura de sus creencias más sagradas.

Un sábado, desde el hospital, llaman a una de las hijas para informarle que el funcionario a cargo había decidido que Doña Juanita debía ser dada de alta ese mismo día. A preguntas de los hijos, explicó la doctora a cargo del

Del Instituto de Estudios Humanísticos y Bioética Eugenio María de Hostos, Recinto de Ciencias Médicas, Universidad de Puerto Rico, San Juan, Puerto Rico.

Dirigir correspondencia a: Leonides Santos y Vargas, Ph D, Director del Instituto de Estudios Humanísticos y Bioética Eugenio María de Hostos, PO Box 365067, San Juan, Puerto Rico, 00936-5067.

piso que todo lo que se podía hacer por la paciente se había hecho. Que lo mejor era llevarla al hogar de manera que estuviera acompañada por su familia. Los hijos pidieron que se les permita dejarla hasta el lunes en la tarde de manera que se pudiera hacer gestiones con el Medicare (ya que las oficinas no funcionaban los sábados) y conseguirle una cama de posición y una máquina de oxígeno que requeriría su condición. Fue infructuoso el pedido.

A pesar de la excelencia y calidad humana del período que duró la hospitalización, resultó frustrante la intransigencia de la administración justo al final de dicho período. La decisión produjo un amargo sabor entre los hijos y en cierto sentido echó por tierra toda la buena impresión de la calidad de las atenciones del personal. Para el hijo mayor, que tuvo a cargo las conversaciones con la administración, era evidente que las razones para el alta eran de tipo económicas, ya que el seguro no cubriría los días adicionales que se solicitaban.

El hijo mayor se reunió con Doña Juanita y recuerdo que le dijo: "Vieja, creo que es mejor que te llevemos a casa, pues aquí ya te dieron los cuidados que necesitabas. Tus nietos más pequeños quieren verte y no pueden hacerlo aquí en el hospital. Tus hijos podrán cuidarte mejor pues en el hospital sólo permiten uno por la noche para acompañarte". Ella, quizás adivinando lo que sucedía contestó: "Pues mijo, si no hay alternativas, vámonos para casa". Aquello de que no hubiera "alternativas" para una anciana que se despedía de la vida, caló hondo en el alma de su hijo, como éste luego expresara.

Se la llevaron para su casa, su hogar se convirtió en una especie de centro de peregrinación para los hijos y

amistades de la familia. Lo primero que se hizo fue comprar un árbol de Navidad el cual se adornó con mucho esmero para hacerle más bella la estadía en la casa de Doña Juanita. Al contemplar el árbol, exclamó ella "¡Qué bello, dan ganas de vivir!"

Por las noches eran frecuentes las reuniones de los hijos y familiares para conversar, jugar dominó en la marquesina, o para cantarle a Doña Juanita. El sábado 14 de diciembre del 1991, la noche antes de morir, Dona Juanita le pide a su hijo mayor que le cantara una canción que el esposo de ella le cantaba cuando eran novios. El hijo tomó la guitarra y bañado en lágrimas (al sospechar lo que ese pedido significaba), a duras penas pudo cantar aquella canción que dice "Quiero cantarte mujer/ mi más bonita canción/ porque eres tú mi querer/ la reina de mi corazón/ No me abandones, mujer/ porque eres tu mi querer, etc."

Al otro día, domingo 15 de diciembre de 1991, murió aquella viejecita tan dulce, que dedicó su vida a criar y amar a sus hijos; a predicar esperanza a los pobres y a honrar la mejor estirpe familiar nacida en aquel barrio de Collores de Juana Díaz. La muerte de Doña Juanita fue una muerte bella y buena (la eutanasia ideal.) Murió con dignidad, rodeada de sus hijos y de los que la amaban. En retrospectiva, se puede aceptar que a pesar de lo rudo del proceso de darla de alta de la institución bayamesa, fue lo mejor que pudo haber ocurrido, pues no murió sola en una cama de hospital. Luego del alta hospitalaria, vivió 22 días adicionales en su hogar.

Fui muy afortunado en haberla conocido. Doña Juanita Vargas era mi madre y yo su hijo mayor.